

KENILWORTH.

CAPITULO PRIMERO.

Yo que soy un buen fondista
Y conozco mi terreno,
Por mi interes sirvo alerta
A todos los forasteros.
Procuro estudiar sus gustos,
Su carácter y su genio;
Siembro cantando mis campos,
Contentísimo los siego;
Y esto no me impide hacer
Mi negocio al mismo tiempo.

La Posada nueva.

UNA de las ventajas de los autores de novelas es poder empezar su historia poniendo la escena en una posada, donde se reunen los viageros, reina la libertad, y se desenvuelven los caracteres sin el menor obstáculo. Conviene esto sobre todo cuando se trata de aquellos antiguos tiempos en que los que se hallaban en una fonda eran en cierto modo no tanto los huéspedes como los conmensales del posadero mientras permanecian en su casa. Solia ser este un hombre bien carado, jovial,

y se permitia ciertas libertades. En su presencia los diferentes caracteres de las personas se amalgamaban y reunian, y pocas veces, al despavilar un gran cántaro en buen amor y compañía, dejaban de descartarse de todo encogimiento, y de mostrarse unos á otros igualmente que al huésped sin reserva, como si fuesen ya conocidos antiguos.

En el año diez y ocho del reinado de Isabel, el pueblo de Cumnor, distante tres ó cuatro millas de Oxford, tenia la dicha de poseer una escelente posada, diferente de las que vemos en el dia, conducida ó por mejor decir gobernada por Gil Gosling, hombre de unos cincuenta años, corpulento y campechano, no muy tirano con los viajeros, exacto en sus pagos, respondiendo con viveza, con una bodega provista de buenos vinos, y una hija muy bonita. Desde el tiempo del antiguo Enrique, alcalde de Southwark, ningun posadero habia poseido en mas alto grado que Gil Gosling el arte de agradar á sus huéspedes de todas clases y condiciones, y era tan famoso, que ninguno podia decir haber pasado por Cumnor sin echar al menos un trago en *el Oso negro*, á no acreditarse de hombre de poco gusto y ningun discernimiento. Tan chocante era eso como volver de Londres un campesino sin haber visto á la

reina. Los habitantes de Cumnor estaban ufanos de poseer á Gil Gosling, y Gil Gosling estaba pagado de su posada, de su hija y de sí mismo.

En el patio de la posada que tenia un amotan escelente, se apeó un viagero á la entrada de la noche, y dando su caballo, que parecia haber hecho una grande jornada, al mozo de cuadra, le hizo algunas preguntas que diéron lugar al diálogo siguiente entre los subalternos del *Oso negro*.

— ¡Holá! ¡hé! ¡John Tapster!

— Allá voy, Will Hostler, respondió el superintendente de los toneles, saliendo en chaleco desabrochado, pantalon de lienzo y devantal verde, por una puerta entreabierta que conducia á la bodega segun toda apariencia.

— He aquí un viagero que pregunta si hay buena ale (1).

— Sí por cierto, escelente. Ni puede ser otra cosa estando tan cerca de Oxford. Si los estudiantes no la hallasen de su gusto, me romperian con el jarro la cabeza mas de cuatro veces.

— ¡Es eso lo que llaman vms. la lógica de

(1) Cerveza de primera calidad.

Oxford? dijo el forastero acercandose á la puerta de la posada. Al mismo tiempo Gil Gosling se presentó á él.

— ¿Habla vm. de lógica? dijo el huésped. Escuche pues vm. una buena consecuencia:

Miéntas come un pienso el jaco,
Debe todo posadero
Ofrecer al forastero
Gratos presentes de Baco.

— Amen, de todo corazon, mi querido huésped, dijo el estrangero. Déme vm. pues un frasco del mejor vino que tenga de Canarias, y acompañeme á beberle.

— Señor viagero, es vm. un niño de teta, si necesita de ayuda de vecino para esa friolera. Si se tratase de una azumbre, podria vm. necesitar que yo le ayudase como buen vecino, quedando con honor.

— Pierda vm. cuidado, mi huésped, que haré mi deber como quien se encuentra tan cerca de Oxford. No llego de los campos de Marte para perder mi reputacion entre los hijos de Minerva.

Miéntas hablaban asi, Gil Gosling le acompañó hasta una grande sala baja en que se hallaban ya otras muchas gentes. Unos bebían, otros jugaban, otros conversaban, y otros á quienes obligaban sus negocios á le-

vantarse muy de mañana, acababan de cenar, y daban orden al mozo de preparar sus cuartos.

La llegada del forastero fijó sobre él esta especie de atencion con que se mira generalmente á un recién llegado sin darle mayor importancia, y del examen que hicieron se pueden sacar las consecuencias siguientes: era uno de estos hombres que, aunque bien hechos y de un exterior nada desagradable en sí mismo, estan sin embargo tan léjos de tener una fisonomía que hable en su favor, que ó bien por la espresion de sus facciones ó de su voz, ó por causa de sus ademanes, experimentamos cierta repugnancia en hallarnos en su compañía. Se presentaba con desfachatez, y parecia exigir desde luego consideracion y respeto, temiendo sin duda que no lo obtendria si no presentaba al punto los derechos que á ello tenia. Llevaba una levita entreabierta que dejaba ver un chaleco galoneado, y un sable con un par de pistolas en el cinto.

— Viaja vm. armado, señor, dijo Gil Gosling mirando las armas, miéntas ponía sobre la mesa el vino que habia pedido el estrangero.

— Sí, mi huésped; he conocido su utilidad en los momentos de peligro, y no imito

á los grandes del dia, que despiden su comitiva luego que creen no necesitar de ella.

— ¿Como es eso, señor? ¿viene vm. por ventura de los Países Bajos, tierra natal de la pica y el arcabuz?

— He viajado, amigo mio, por alto y por bajo, á lo ancho y á lo largo, de cerca y de lejos. Pero brindo á la salud de vm. con un vaso de su vino; llene vm. otro, y bebase á la mia. Si no es bueno en grado superlativo, echese vm. á sí mismo la culpa.

— ¿Si no es bueno en grado superlativo! repitió Gosling despues de haber bebido, y relamiendose los labios; no sé lo que quiere decir superlativo. No encontrará vm. igual vino en *las tres Cigüeñas*; y si le halla vm. mejor en Canarias mismo, pierdo desde luego mi vino y mi dinero. Levante vm. el vaso, espongame vm. á la luz, y verá danzar los átomos en este licor dorado como en los rayos del sol. Pero mas quisiera servir vino á diez paisanos que á un solo viagero. ¿Le parece á vm. regular?

— Es firme y de buena ley, mi huésped; pero para beber vinos escelentes es preciso ir al lugar mismo en que crece la viña. ¿Cree vm. que son tan tontos los Españoles, que nos van á enviar la nata de los mejores vinos, para beber ellos los peores? Este que le pa-

rece á vm. vino bueno, pasaria por un vitillo despreciable en el puerto de Santa María. Es preciso viajar, mi huésped, si quiere vm. saber distinguir de colores, y que no le den gato por liebre.

— En verdad, señor mio, que si el resultado de mis viages ha de ser disgustarme de lo que puedo lograr en mi pais, mejor es quedarse en su casa: ni deja de haber tampoco personas que conozcan los vinos buenos y sepan distinguirlos, sin haber salido de entre las nieblas de Inglaterra, ni haber abandonado, á Dios gracias, sus hogares.

— Es un modo de pensar bajo y chavacano, mi huésped, y á buen seguro que todos los conciudadanos de vm. no piensan de esa manera. Apostaria que hay entre vms. quien haya estado en Virginia, ó por lo menos haya dado un paseito por los Países Bajos. Vamos, acuerdese vm. ¿No tiene vm. en pais extranjero algun amigo de quien se alegraria vm. recibir noticias?

— Cierto que no. No hay ninguno desde que el calavera Robin de Drysandford se ha dejado matar en el sitio de Briel. Maldita sea la culebrina que vomitó la bala que le mató, pues era un compadre con quien se podia pasar la noche emborrachandose en gracia de

Dios. Pero murió, se acabó, y no conozco soldado ni viagero que valga un comino.

— Es cosa bien rara á la verdad. ¡Que! habiendo tantos Ingleses en pais extranjero, vm. que parece un hombre notable ¿no tiene entre ellos ni amigos ni parientes?

— Si vm. me habla de parientes, tengo un sobrino, bribon de siete suelas, que salió de Inglaterra el año último del reinado de la reina María: es uno de aquellos haraganes muy buenos para perderlos de vista y que no vuelvan jamas.

— No hable vm. así, mi querido huésped, á no ser que se sepa que ha hecho últimamente alguna de las tuyas, alguna calaverada. Un rocín fogoso puede transformarse en un caballo escelente. ¿Como se llama?

— Miguel Lambourne, hijo de mi hermana. Semejante nombre y parentesco solo son buenos para olvidados.

— ¡Miguel Lambourne! dijo el extranjero fingiendose admirado. ¡Que! ¿será por ventura aquel valiente de ese nombre que peleó como un héroe en el sitio de Venloo, y á quien el príncipe Mauricio dió las gracias á la cabeza del ejército?

— No puede ser ese mi sobrino, dijo Gosling, pues era un gallina para todo lo que no fuese hacer mal.

— En la guerra se descubre y manifiesta el valor, replicó el extranjero.

— Creo mas bien que le haya hecho perder el poco que tenia.

— El Miguel Lambourne que yo he conocido era un buen mozo, se vestia bien, y tenia una vista de halcon para descubrir las buenas mozas.

— Nuestro Miguel parecia un perro con maza, y tenia un vestido todo lleno de andrajos y manchas.

— ¡Oh! pero despues de una batalla se encuentran buenos vestidos.

— Nuestro Miguel preferiria mas bien robar uno en alguna tienda miéntras volviere la espalda el tendero. En cuanto á sus ojos, siempre los tenia fijos en mis cubiertos de plata. Pasó tres meses en esta casa, por mi dicha; estaba encargado de la bodega, y merced á sus equivocaciones y trabacuentas, á lo que bebió y dejó perder, si hubiese permanecido otros tres meses, hubiera podido cerrar la casa y dar al diablo la llave.

— Y á pesar de eso, mi querido huésped, sentiria vm. saber que el pobre Miguel Lambourne habia muerto al frente de su regimiento, atacando un reducto cerca de Maastricht.

— ¡Sentirlo! seria la mejor noticia que

podieran darme , porque estaria entónces seguro de que no murió ahorcado. Pero no hablemos de eso : creo que jamas su muerte honrará á su familia. Si asi no fuese , añadió llenando su vaso de vino de Canarias , le deseo de todo corazon que en paz descause.

— No corre prisa , mi huésped , no corre prisa. No tenga vm. cuidado : su sobrino podrá todavía hacer á vm. honor , sobre todo si es el Miguel Lambourne que he conocido y que amo casi tanto.... á fé mia , tanto como á mí mismo. ¿ No podria vm. indicarme alguna señal que pudiese hacerme reconocer si nuestros dos Migueles son la misma persona ?

— A fé mia , ninguna que yo me acuerde. Sin embargo nuestro Miguel fué señalado con un hierro ardiente en la espalda izquierda , por haber robado un vaso de plata á la dama Snort de Hogsditch.

— Ahora sí que miente vm. como un grandísimo embustero , señor tío , dijo el extranjero desabrochándose el chaleco , entreabriendo la camisa , y descubriendo la espalda. Juro á Dios que mi pellejo está tan sano y entero como el de vm.

— ¡ Que ! ¡ Miguel ! dijo el posadero , ¿ eres tú efectivamente ? ¡ Oh ! sí. Hace media hora que he debido sospecharlo. No conozco á nadie que pueda tomar la mitad de interes por

tí ; pero si tu pellejo está , como dices , Miguel , sano y salvo , sin duda el verdugo , Goodman Thong , tuvo lástima de tus pocos años , y te marcó con un hierro frio.

— Vamos , tío , vamos , baste de burlas. Empleelas vm. para colar la ale avinagrada , y veamos que recibimiento cordial prepara vm. á un sobrino que ha corrido el mundo por espacio de diez y ocho años , que ha visto el sol salir donde se pone , y que ha viajado hasta que el occidente se hizo el oriente.

— Segun yo veo , Miguel , te has hecho con una de las habilidades de los viageros , y por cierto que no tenias necesidad de caminar tanto para adquirirla. Me acuerdo que entre otras buenas calidades tenias la de no decir ni por descuido una palabra de verdad.

— ¿ Ven vms. , señores , este pagano incrédulo ? dijo Miguel Lambourne dirigiendose á los que eran testigos de esta estraña conversacion entre tío y sobrino , cuyos hechos juveniles conocian muchos de ellos que eran del pueblo : sin duda es esto lo que se llama echar la casa por la ventana. Pero sepa vm. , tío , que no salgo ahora del cascaron , ni vengo de guardar puercos. Traigo conmigo cuanto es necesario para hacerse querer.

En esto sacó una gran bolsa llena de monedas de oro , cuya vista produjo un efecto

visible en los espectadores. Sacudian algunos la cabeza y murmuraban entre ellos: dos ó tres, menos escrupulosos, empezaron á reconocerle como conciudadano y compañero de escuela, miéntras otros, personajes mas graves, se levantaron y salieron de la posada, diciendo entre ellos en voz baja, que si Gil Gosling queria continuar prosperando, se veria precisado á echar de su casa al momento al holgazan de su sobrino. Obró Gosling como si hubiera sido de la misma opinion: y la vista del oro hizo sobre el buen hombre menos impresion que la que suele hacer ordinariamente en todos los de su clase.

— Sobrino Miguel, le dijo, guarda tu bolsa en tu faltriguera: el hijo de mi hermana nada tiene que pagar en mi casa por cenar y dormir una noche, pues supongo que no tienes ánimo de permanecer mas largo tiempo en un sitio en donde te conocen demasiado.

— En cuanto á eso, tío, respondió el viajero, consultaré mi inclinacion y mis negocios. Miéntras tanto deseo convidar á cenar á mis buenos conciudadanos que no son demasiado orgullosos para acordarse de Miguel Lambourne. Si quiere *v*m. proporcionarme una buena cena por mi dinero, enhorabuena; y sino, Santas Pascuas. No hay dos minutos de camino desde aquí á *la Liebre*,

y me lisonjeo de que mis buenos vecinos me harán el honor de acompañarme.

— No, Miguel, no, le dijo su tío: como han pasado diez y ocho años desde que faltas de aquí, y pienso que habrás mudado de conducta, no saldrás de mi casa á estas horas, y te daré todo lo que quieras pedir y sea justo; pero deseo saber si esa bolsa que has sacado con ostentacion ha sido henchida legítimamente.

— Vean *v*ms. el infiel, vecinos, dijo Lambourne dirigiendose de nuevo al auditorio. Vean *v*ms. un pícaro viejo de tío que quiere sacar al sol las travesuras de su sobrino al cabo de veinte años ya de fecha. En cuanto á este oro, señores, he estado en el país en donde nace, y en donde se logra con solo el trabajo de agacharse y cogerle en el suelo. He estado en el Nuevo Mundo, amigos míos, en Eldorado, en donde los muchachos juegan á pares y nones con diamantes, las paisanas llevan collares de rubíes, las casas estan cubiertas con tejas de oro, y las calles empedradas con pesos duros. Allí se atan tambien los perros con longanizas.

— Segun eso, amigo Miguel, dijo Lorenzo Goldthred que hacia el primer papel entre los tenderos de Abingdon, será ese un país escelente para el tráfico. ¿Cuanto se podria